

Lecciones de una Pandemia Global (III): ¿Aplanar la Curva del Coronavirus no es suficiente?

Adolfo Plasencia,

24 Marzo, 2020

“Natura deficit. Fortuna mutatur. Deus omnia cernit”.

La naturaleza nos traiciona. La fortuna cambia.

Un dios mira todo desde lo alto.

Inscripción anillo de Adriano, Marguerite Yourcenar.

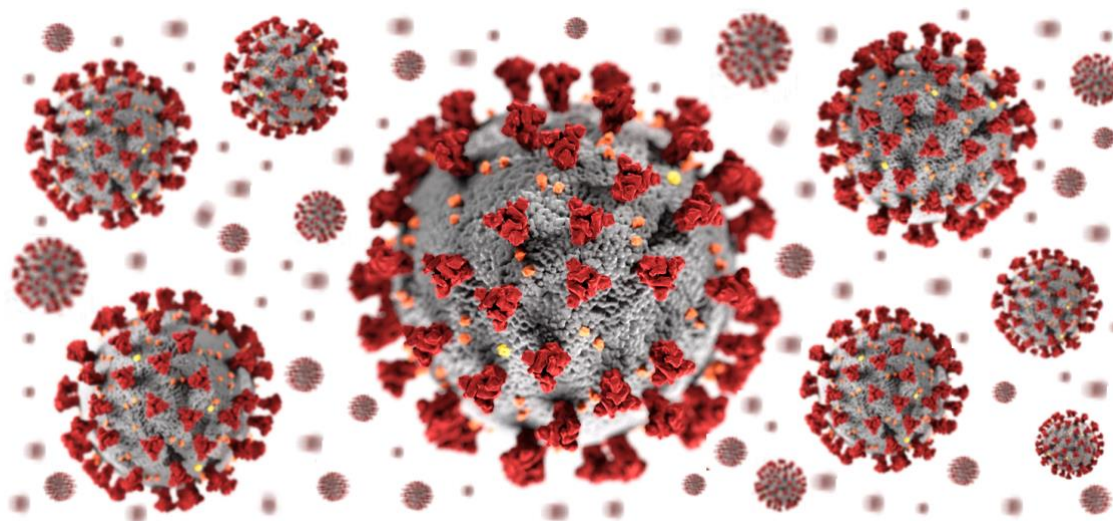


Ilustración del Coronavirus (2019-nCoV) causante de la enfermedad por coronavirus (COVID-19). Imagen: CDC.

En mi primera entrega sobre la Pandemia COVID-19, dije que esta crisis iba a poner a mucha gente en su sitio [<https://bit.ly/2WDECpm>], en el sentido de que veríamos como eran en realidad fuera de simulaciones y caretas, pero no me imaginaba hasta qué punto iba a ser así y con tanta rapidez. Bertrand Russell afirmó, coincidiendo con lo que expresó Einstein que “todos partimos del ‘realismo ingenuo’, es decir de la doctrina que las cosas son lo que parecen. Me declaro seguidor de ese tipo de realismo porque siempre hay tiempo después de rectificar si no equivocamos. La vía científica del ‘ensayo y error’ avanzando sobre nuestras equivocaciones aprendiendo de ellas, me parece para ahora la mejor actitud ante esta realidad, propia de los realistas ingenuos entre los que me cuento.

¿Porqué esta aparente digresión inicial? Pues porque creo que, ante la enorme y casi instantánea transformación que el Coronavirus-CV19 está causando directamente en nuestras vidas, creo que lo mejor actitud es la humildad, que no la resignación. Pero parece que no todos están de acuerdo. Si algo me está asombrando, más aún que la propia situación que vivimos, son la conducta de muchos dirigentes y gobernantes que me producen una enorme vergüenza ajena, confirmando con creces lo que algunos nos temíamos sobre cómo iba a ser su comportamiento. Desde Boris Johnson hasta Trump; desde Bolsonaro hasta López Obrador en México [<https://bit.ly/2QGpmEc>]. Lo que no me esperaba de otros es que, en lugar de hacer actos de contrición por nula previsión sobre lo que sucede, sigan pontificando, como si la Crisis CV-19 fuera un asunto cuyo desenlace dependiera solo de su probada incompetencia. O sea, un asunto de coyuntura económica al estilo de la crisis sistémica de la economía que ocurrió en 2008, que los mismos, en modo alguno anticiparon. La Crisis del Coronavirus actual, ya es mundial. A fecha 24 de marzo ya se había informado de más de 392.331 casos de COVID-19 en más de 190 países

y territorios, produciendo más de 17.156 muertes, y 103.000 altas. Todos esos números siguen subiendo, hoy por hoy, imparables [<https://bit.ly/3aeL229>]. Y ¿cómo llamamos a esto? Aunque el nombre oficial que le da la Organización Mundial de la salud es “Brote de enfermedad por coronavirus (COVID-19)”; y en Wikipedia se le llama “Pandemia de enfermedad por coronavirus de 2019-2020” [<https://bit.ly/2wwSCqe>], yo prefiero llamarla no por su denominación sino por lo que es: una catástrofe humanitaria de una velocidad y gravedad mundial sin precedentes, ya que esta pandemia se identificó el 1 de diciembre de 2019 en la ciudad de Wuhan, capital de la provincia de Hubei, en la China central, y de eso solo hace ahora mismo escasos 4 meses, causada por un patógeno ya identificado como coronavirus COVID-19, también llamado virus SARS-CoV-2 al que le han bastado ¡solo 115 días!, hasta hoy para llegar, a 190 países del mundo y en esa magnitud.

Hay algo inaudito. Esta Pandemia no es algo inesperado. Los epidemiólogos y los expertos en virus sabían que podía ocurrir, y hubo muchas advertencias de científicos, experto en epidemias, y de personas muy relevantes con una enorme, capacidad global de transmitir ese aviso, como expliqué la semana pasada [<https://bit.ly/3bm1AoU>]. Pero ningún dirigente ni institución política estatal o supraestatal, se hizo eco. Encerrados en sus burbujas del corto plazo, ningún país de primer mundo tenía previsto ningún plan de contingencia para algo de la dimensión de lo que está ocurriendo y si alguno lo afirma, yo diré que miente. Y si algún *augur* de la economía dice ahora, apoyándose, como siempre en cualquier recurso histórico anterior le desmentiré. Y algo más: la catástrofe humanitaria y salvar vidas es el detonante y el asunto principal, lo esencial; el desastre económico inducido es posterior, uno de los efectos; y no al revés. Lo primero es detener la pandemia. Si no se consigue, ¿qué mundo y qué economía va a venir después?

El Coronavirus COVID-19 es una innovación darwiniana de la naturaleza

Todo aquél que haya leído el decisivo libro del filósofo de la ciencia y la innovación Javier Echeverría “El Arte de Innovar” [<https://bit.ly/2xfxfcZ>], ya sabe que la innovación no es solo un atributo humano, ya que lo es también de los ecosistemas y de la naturaleza. Y, además, la innovación no es un asunto moral; no es buena de por sí; puede ser buena o mala, según para quién o a qué seres o criaturas afecte. Es un fenómeno que tiene que ver con la interacción entre los seres vivos y sus entornos. Y, por decirlo en sus propias palabras publicadas en Innovadores, innovar “es algo humano, pero no sólo humano. En general, es algo vinculado a la vida, entendida en el sentido evolucionista y darwinista”. Es algo que produce cambio y, al cambiar, “transforma el entorno en el que ha surgido esa novedad. Y no solo produces bienes. También puede producir males” [<https://bit.ly/2xfxfcZ>]. La tremenda catástrofe a la que estamos asistiendo enclaustrados imperativamente desde casa, en todo el (supuesto) primer mundo, a través de nuestras pantallas de la segunda digitalización, ilustra perfecta y diáfana estas afirmaciones.

Echeverría define en su apartado sobre ontología de la innovación, —que basa en la teoría general de sistemas—, a la innovación como “un proceso interactivo que genera algo nuevo que puede ser valioso o ‘disvalioso’ (con valor negativo) en entornos o sistemas determinados.” —En el caso que nos aflige es ‘disvalioso’ para las personas, en un grado gigantesco—. Ese proceso puede ser lento o rápido (estamos de nuevo, aquí y ahora, en la segunda opción). Y puede ser intencional, o no. Y de nuevo, la ‘innovación’ del COVID-19 yo diría que es una innovación disruptiva (enormemente transformadora y exitosa para el Coronavirus, y nefasta para las personas contagiadas y sus allegados); y que sepamos, ‘no intencional’. Si alguien está dispuesto a atribuir intenciones a un coronavirus o a una multitud de ellos, (hay científicos que, a los virus y sus variantes han llegado a calificarlos como formas biológicas de ‘no-vida’), tendrá que demostrarlo.

El proceso de la mutación de lo vírico que ha dado lugar al virus SARS-CoV-2, ya conocido por CV-19, se ha dado en el ecosistema microbiológico en el que interactúan los virus y los sistemas biológicos intra-humanos que estos invaden, y tal vez, los de otras especies vivas. Según afirma Echeverría en su libro (pág. 48), —a partir de la teoría de la simbiogénesis de Mereschovsky que la prestigiosa bióloga Lynn Margulis calificaba como ‘la principal fuente de la novedad y diversidad biológica’—, “las poblaciones bacterianas (o, por extensión, víricas) son espacios de innovación en la biosfera en los que continuamente surgen nuevas especies (o ‘cepas de virus’) posibles [<https://bit.ly/2UdEUS7>], aunque muy pocas de ellas sobrevivan. Estas últimas, serían ejemplo de innovaciones en la biosfera, pudiendo ocurrir dentro del cuerpo humano sin que el cerebro tenga conciencia de esos procesos intracorporales. Esas modalidades de innovación no son intencionales.” Está claro que el cerebro de los afectados no tiene conciencia de los citados procesos, pero sí de sus devastadores efectos, que se traducen en incapacidad respiratoria y otros problemas derivados, que si llegan a un alto nivel de gravedad pueden causar su muerte como esta ocurriendo a miles de personas.

Lo que al menos sabemos ya, es que el vector de contagio en esta Pandemia por CV-19 son, sobre todo, otros humanos. De ahí que una tremenda medida ya considerada imprescindible es el aislamiento social drástico y a gran escala que va a inducir un enorme y catastrófico efecto de parón de la actividad económica global para el que, del mismo modo que aún no tenemos una vacuna específica para el CV-19, tampoco poseemos un antídoto demostrado.

Lo asombroso es que este coronavirus invada por la respiración y el aire muy cercano, masivamente, y al principio de forma asintomática durante unos días siendo capaz de viajar en el interior de millones de personas por todo el mundo que, recorren en ese tiempo miles de kilómetros en su solo día, en los cientos de millones de viajes en avión, barco u otros vehículos que tienen lugar cada semana de forma habitual [<https://bit.ly/33EVn53>]. Y es casi seguro que cientos de miles de personas haya contagiado involuntariamente y sin intención a sus vecinos de asiento, en aviones y vehículos terrestres, en grandes barcos de crucero, y en todo tipo de vehículos comunes; o en reuniones familiares o de trabajo; espacios públicos y comerciales o en los propios domicilios. La extrema movilidad de las personas en el mundo actual está siendo un colaborador necesario, a la vez que ignorante e involuntario, del Coronavirus V-19 para su tremenda y velocísima expansión. También la proximidad física amistosa o circunstancial, en los propios hogares o locales de trabajo es un espacio oportunista para el coronavirus. Un abrazo o saludo afectuoso entre familiares o amigos a la llegada de un viaje. O en una emocionada visita a un anciano o a la abuelita en la residencia donde, muy probablemente, haya ocurrido que sean los propios familiares quienes les pueden haber contagiado, sin saberlo y en contra de sus propios deseos. También, por supuesto, están ocurriendo otros contagios involuntarios como en la mayoría de los casos más graves de enfermos en hospitales que contagian sin quererlo a sus cuidadores o a personal sanitario que son quienes les intentan salvar. Una casi increíble paradoja. Prácticamente, la mayoría de los contagios han sido no intencionales, pero también los ha habido fruto de la indolencia o incredulidad de mucha gente más joven, que son un peligro potencial para los más mayores por pura ignorancia, pereza o esnobismo.

Que esta innovación, no intencional, vírica podría ocurrir a medio o largo plazo lo saben bien los epidemiólogos y los que han querido escucharles y tomar en consideración sus palabras [<https://bit.ly/2JbugF6>]. Pero de quienes todo tipo autoridades, presas de sus propios intereses particulares o gremiales, ignoraron sus advertencias. O tal vez contagiados de la misma incredulidad de jóvenes que, hasta ayer, frecuentaban las playas

de Australia, o los parques de EE.UU. y de Europa. Esta va a ser una pavorosa lección que no sé si nuestras sociedades del primer mundo van a estar dispuestas a aprender, porque es muy dura. La lección de que, como expresaba el título de la famosa película de J. A. Bayona sobre el tsunami, puede suceder “*Lo Imposible*”.

¿Aplanar la Curva del Coronavirus no es suficiente?

¿Porqué me muestro pesimista sobre que las sociedades y sus líderes puedan aprender esta lección? Me dan las primeras razones para ello ciertos economistas que ya están pontificando *as usual* sobre esta crisis; no como humanitaria; no como algo que está causando miles de muertes y enormes dosis de dolor humano, sino como un asunto literalmente económico, ya que para estos expertos la explicación o solución de cualquier cosa, es solamente la económica. La frase como pregunta con que he titulado este artículo, la sitúa en el suyo, como afirmación asertiva, el profesor de gestión estratégica Joshua Gans, catedrático Jeffrey S. Skoll de innovación técnica y espíritu empresarial en la Escuela de Administración Rotman, en Toronto. La ha publicado [<https://bit.ly/2wwKUfK>] en la web de *econfp*, una “red de economistas académicos comprometidos con una economía y una sociedad inclusivas”. Nos advierte en el texto que, salir de esta crisis, requiere “Abordar la creciente pandemia con una nueva mentalidad y la requiere rápidamente.” Es decir, que es un problema que deberemos resolver con un ‘rápido cambio cultural.’ El segundo epígrafe de su texto es, -en mi opinión-, casi lacerante: “Aplanar la curva no es suficiente y es muy costoso.” Donde dice textualmente que las políticas para ello de acciones como lavado de manos, restricción de viajes y distanciamiento social, están todas dirigidas a este resultado, “aunque todos estamos ya de acuerdo en que debieron empezar antes”. Y aquí viene lo gordo en su conclusión. Lean: “Sin embargo, esta política tiene costos que deben ser compensados con beneficios. En primer lugar, el aplanamiento de la curva amplía la perturbación a corto plazo —el largo distanciamiento social que debe tener lugar y la consiguiente perturbación de vida y trabajo—. Por lo tanto, habrá una recesión, —un enorme descenso de actividad económica—, no por una fuerza financiera un tanto misteriosa que solemos temer, sino porque hemos decidido reducir la actividad económica... Por una vez, esta es una recesión que los economistas saben cómo tratar y están de acuerdo unos con otros.” Los economistas como, es el caso, me dejan sin palabras, mudo, pero de estupor. Su último apartado, —para aclarar a qué tipo de ‘cambio de mentalidad’ se refería—, lo titula así: “En pie de guerra”. Ahorraré al lector citar lo que dice para no contagiarle mi estupor, ahora ya extremo. Con economistas y expertos así, y con como quienes ven estrictamente oportunidades de negocio en esta tragedia, la humanidad ya no necesita enemigos. No sé si al citado supuestamente “comprometido con economía y sociedad inclusivas” hubiera escrito ese mismo texto aislado en su casa sabiendo que, en una UCI al borde del colapso su anciano padre, aquejado de patologías previas y contagiado con CV-19, intenta sobrevivir a vida o muerte. Lo dudo mucho.

Mi conclusión es que si alguien consigue sacarnos de esta crisis serán los científicos y profesionales de la medicina, las farmacias y toda la extraordinaria gente de los sistemas de salud que se está dejando el alma en el intento, poniendo su vida en peligro, sin olvidar a todos los demás. No tenemos casi ninguna certeza sobre cómo va a evolucionar esta Pandemia. De lo que único de que estoy seguro es que quien nos saque adelante no serán economistas del citado pésimo jaez. Manténganse aislados. Manténganse sanos. Y háganlo no solo por Vds., sino por todos nosotros. Estamos en un mismo barco en esto.